

MARÍA MERCEDES GRAU

Veinte años de una

CASA

para un bosque



P

OR LA CARRETERA entre Adjuntas y Utuado se transita de curva en curva, bordeando montañas entre helechos de palma, atrevidas miramelindas que desafían el paso humeante de camiones y automóviles y cafetos en flor, que nos van dando una sensación de ascenso con un olor profundo de miel y azahares.

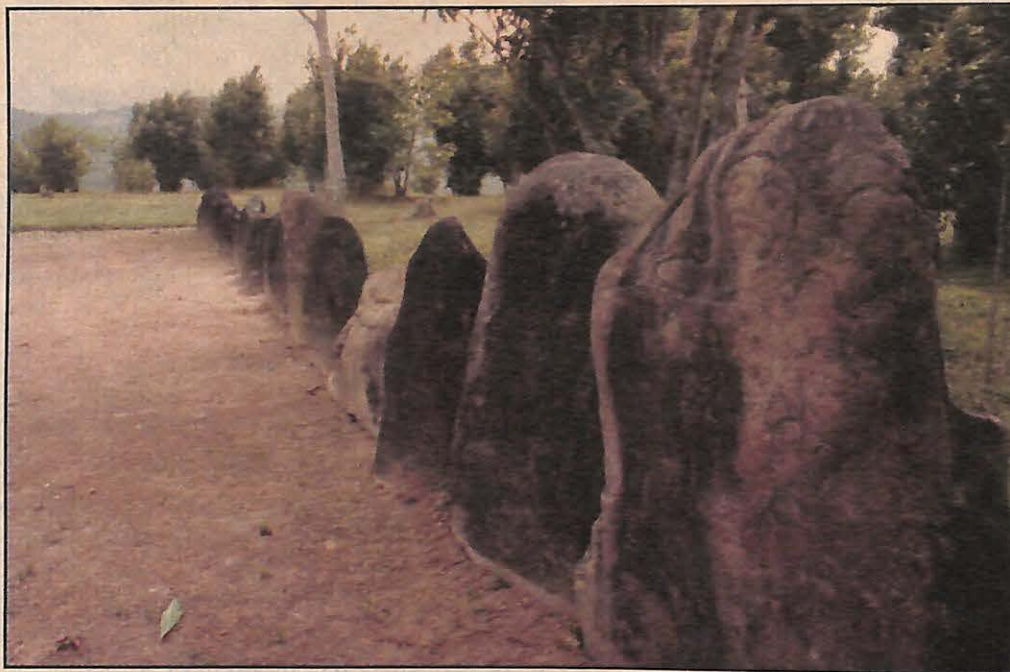
Nos dirigimos hacia Casa Pueblo, sede de la organización adjunteña que se fundó para luchar contra la aprobación de los proyectos de explotación minera en esta cima de la isla, y que el sábado 30 de abril celebra 20 años de establecida. Pero, más que nada, celebra un bosque y «la alegría», según repite insistentemente el ingeniero Alexis Massol, dínamo de este esfuerzo «de haber transformado un proyecto de muerte en un proyecto de vida».

A 2,400 pies de altura sobre el nivel del mar se habría abierto un cráter de una milla de ancho para explotar comercialmente yacimientos de metales como cobre y níquel. En su lugar, la organización Casa Pueblo maneja su logro mayor, 800 cuerdas de terreno declaradas reserva forestal. También administra instalaciones recreativas y promueve eventos culturales y comunitarios, además de la investigación científica en áreas de las cuales sólo se alcanza a ver el dosel del bosque desde un pico pelado por las pruebas de minería.



Alexis Massol

La sede de Casa Pueblo se encuentra en el mismo centro de Adjuntas. Es una estructura antigua de madera donde lo nuevo y lo viejo operan en armonía. Techos altos, piso de madera (reconstruido) sala central y cuartos alrededor de ésta, que sirven de salones de reuniones culturales y comunitarias, biblioteca elemental y hasta de centro de procesamiento del



En la foto superior, Alexis Massol contempla el lugar donde se habría abierto un cráter de una milla de ancho para la explotación de minas a cielo abierto. Sobre estas líneas, a 2,400 pies de altura, en los terrenos del Bosque del Pueblo, se encuentra un parque ceremonial indígena. Sus monolitos habían sido extraídos para la explotación minera y fueron devueltos a su espacio ancestral por los voluntarios de Casa Pueblo.

café **Madre Isla**. En la cocina, fregadero extenso de porcelana y nevera de gas. Baño original, perfectamente funcional con sus grifos de los tiempos de María Castaña, todo alumbrado por paneles fotovoltaicos. «Hemos roto con la dependencia del petróleo», dice Alexis Massol.

Tampoco dependen de fondos municipales o estatales para su supervivencia económica. Ni los necesitan ni los quieren. En un lugar donde el empleo es escaso, han logrado subvencionar mensualmente a dos trabajadores a tiempo completo, única labor remunerada en Casa Pueblo, cuya mano de obra proviene mayormente de voluntarios. Así montaron el sistema de energía solar con el que han logrado bajar el costo de la factura de

Energía Eléctrica a cinco dólares mensuales, pagando sólo por mantener la conexión. El trabajo lo realizó gratuitamente el especialista en energía solar Emanuel Pérez, quien diseñó e instaló el sistema.

Café contra la dependencia

Esa insistencia en romper la dependencia ha sido, a la misma vez, el método de lucha y la meta que a través de estos 20 años ha conducido a Massol y a los voluntarios de Casa Pueblo al éxito creativo. Fue en una reunión con representantes de la comunidad, buscando un modo de sustento, que se propuso la

elaboración de café para la venta. Así nació **Madre Isla**, producto que hoy se envasa también con la mano de obra voluntaria de escolares y personas como doña Aida, que llegaron ya hace unos cuantos años para ayudar por un ratito y que luego de su retiro, donan más de su tiempo.

Según Massol, para la elaboración del producto **Madre Isla** sólo se usa grano de café arábigo, que se le compra a pequeños caficultores locales. Algo que según su hijo Ariel, agrónomo y agricultor independiente, «es muy importante para la gente de aquí», pues hace un tiempo «la única procesadora local de café cerró y se llevó la producción a otra parte».

Los tarros del café **Madre Isla** se envasan al vacío con un

método muy antiguo y efectivo. «Se tuesta y se muele el café caliente y al cerrar el frasco, se crea un vacío ecológico que lo conserva, porque no entra oxígeno ni aire que provoquen la oxidación» explica Massol. Pero, «no sólo tuvimos que trabajar con la calidad del café, sino también con la distribución, que es lo más costoso». Por eso, se decidió realizar una distribución local en supermercados y colmados de Adjuntas, «hasta en las ferreterías y las farmacias. La gente nos llama cuando necesitan café y no hay que tener un vendedor haciendo ruta».

Madre Isla sólo se promociona de boca en boca, a través de gente que lo prueba y lo sigue recomendando. Además, se vende en el Fideicomiso de Conservación y en la Hacienda Buena Vista, porque «queremos mantenerlo a un nivel que lo podamos manejar, con un control de calidad y que a la vez sea económicamente viable», explica Massol.

También «reciclamos los frascos y al consumidor de Adjuntas se le ha llevado la conciencia ecológica de reciclar. Hay veces que no estamos aquí, y cuando llegamos por la mañana, tenemos los tarros vacíos en el balcón».

Una casa para un bosque

Desde Casa Pueblo de Adjuntas se administra independientemente el Bosque del Pueblo. En él, según dice Massol, unos «10 profesores universitarios, doctores en micología, herpetólogos y dasónomos aportan voluntariamente al manejo y al inventario de flora y fauna». Ellos trabajan en las partes densas, donde se reproduce el bosque secundario que no será impactado por ninguna construcción o vereda, según lo designado por el plan de manejo hasta el momento.

La organización, que es la primera en haber logrado manejar enteramente un bosque designado por el estado, ofrece visitas guiadas, mantiene un pequeño parque pasivo para niños y celebra actividades de siembra. Además, ha construido un anfiteatro al aire libre en el punto más alto del área, cuyo telón de fondo es una impresionante vista de las elevaciones y honduras de la Cordillera Central.

Los voluntarios de Casa Pueblo trajeron también de vuelta a su sitio original, los petroglifos y las piezas de un parque ceremonial indígena que había sido removido para la exploración en busca de minerales y por la cual esta parte del bosque, la que el público puede visitar, resultó enteramente deforestada. Con muchos voluntarios y la ayuda de una grúa, pudieron volver a su posición original los pesadísimos monolitos, tomando como plano la documentación fotográfica existente. Sin embargo, según Massol, todavía queda por investigar por qué la cultura taína construyó el parque ceremonial en estas alturas, ya



En el Bosque del Pueblo han montado un escenario teatral para reuniones comunitarias y actos artísticos al aire libre.

que la mayoría de los que se han descubierto están localizados cerca de cauces de ríos.

Poco a poco, los voluntarios de Casa Pueblo han ido avanzando en la reforestación, sembrando especies nativas, en zonas donde el impacto de la exploración minera empezó en los años 60. De ahí «se fueron dando distintos permisos de exploración hasta los años 90, hasta cuando estuvieron incidiendo con excavaciones y perforaciones. En algunos lugares metieron equipo pesado y arrasaron la zonas para ver cómo se comportaban esas terrazas» taladas, detalla Massol.

De esta manera, cerca de un 10 por ciento del total de 800 cuerdas del bosque resultó impactado. Esta fue la parte que se decidió utilizar para las visitas del público, entre otras consideraciones porque ya tenía caminos abiertos. Ahí Casa Pueblo construye otra vez una casa para el bosque donde hoy, de no ser por su insistencia, se abriría crudamente la tierra.

Por otro lado, en la Finca Madre Isla, Casa Pueblo mantiene cinco cabañas para las que se coordinan visitas de turismo ecológico. Los huéspedes limpian, pintan, cortan la grama o siembran y además pagan por ello. Son visitas para grupos especiales como la Escuela Graduada de Trabajo Social de la UPR y de estudiantes, dando ejemplo de turismo participativo, no del que llega como espectador. Además, la Asociación de Acampadores de Puerto Rico «nos ha ayudado a diseñar un área para acampar» en un bosque donde no existen los zafacones, pues todo el que llegue tiene que llevarse su basura, añade Massol.

La casa del pueblo

Casa Pueblo de Adjuntas celebrará su veinte aniversario el sábado 30 de abril con la firma de sus escrituras libres de gravámenes. También ese día, la propiedad será traspasada a un dueño colectivo, el pueblo conformado por la gente que asista a la actividad y que signando un documento, se comprometa a formar

parte de «un proyecto basado en la educación, en el compromiso, la participación, la democracia y el aprecio de la cultura».

Esto es lo que ofrecen Alexis Massol y quienes trabajan allí a los visitantes que comparten su fiesta. Así buscan otros voluntarios más allá de los 50 a 100 que donan su trabajo en diferentes épocas del año, para darle continuidad a un esfuerzo basado en los ideales hostosianos, «que nos enseñan a no solamente tener la noción de reclamar nuestros derechos, sino de asumir deberes y responsabilidades con nuestro país». Casa Pueblo lo ha logrado, de acuerdo con Massol, fomentando «una ética basada en la solidaridad» y los que accedan a unirse a esta celebración de alturas tendrán la oportunidad de decir sí a ese compromiso.

Y las actividades de celebración de este aniversario se darán de la misma manera en que siempre se han hecho las cosas en esta organización, pues aún cuando artistas profesionales como Danny Rivera estarán presentándose, muchos de los actores principales serán los mismos colaboradores de la organización. «Los actores aquí son los niños y niñas que van a hacer café, la Coral de 40 voces de la Escuela Superior que va a cantar aquí. Esos niños que irán el sábado 30 al bosque van a sembrar y a abonar con composta». Los guías de estas visitas serán jóvenes de escuela superior y universitarios que han sido entrenados en Casa Pueblo para explicar la biodiversidad del bosque. «Entonces», dice Massol, «realmente estarán asumiendo una responsabilidad y haciendo una aportación, no solamente disfrutando».

Se realizará una peña cultural, conciertos de piano y un concurso de oratoria y carteles sobre la historia de la organización.

De vuelta, bajando por esos caminos salvados de la deforestación, nos coge el aguacero del bosque que tiene una precipitación casi tan alta como la de El Yunque. Una piensa, otra vez llueve, como en el cierre de la última entrevista que le hizo *Diálogo* a Alexis Massol en su edición de marzo de 1999.

Arropada por el murmullo de la lluvia y compartiendo el regreso con Ricardo, nuestro fotógrafo y artista gráfico, me preguntaba cómo iba a escribir este texto sin repetir lo que se había dicho antes. Me consuela el dicho de Gabriel García Márquez, sabio periodista que una vez dijo, el cuento siempre hay que contarlo y un aniversario no está completo sin su cuento. También pensaba sobre lo absurdo de algunas ideas que, disfrazadas por los discursos del progreso y el desarrollo económico, habrían terminado asesinando la belleza de estas alturas húmedas, la tierna resistencia de la miramelinda y el corazón de un pueblo. Y todavía dice la canción que 20 años no es nada.



A la izquierda, voluntarios como doña Aida y jóvenes de la escuela superior de Adjuntas, preparan las etiquetas para envasar el café Madre Isla. Arriba, parte de la Biblioteca Eugenio María de Hostos, ubicada en Casa Pueblo.